



buena fortuna, propusieron de llevar adelante cuanto más pudiesen, los tratos de su navegacion, para la cual trabajaban de se meter en cuantas islas pudiesen de nuestro mar Mediterráneo, señaladamente por las que se hacen contra las fronteras de Italia hasta el Estrecho de Gibraltar en España, porque las otras islas de Levante casi todas estaban ocupadas de griegos y ninguno tenía disposición para tocarles en ellas á causa que la gente griega fué por aquella sazón harta poderosa, con presupuesto de no consentir entre sí naciones advenedizas; cuanto más que las tales islas del Poniente bastaban para todos los intentos de estos cartagineses, y si las alcanzasen á tener, allende los intereses crecidos de rentas y gentes que de ello resultaban, tendrían también acogidas muchas y muy necesarias para sus navíos, donde se pudiesen amparar de las tormentas cuando recrecerían, ó de cualesquier otros peligros que sucediesen; y también porque ganadas estas islas acá, sería muy gran aparejo para se meter en las de Levante, y acrecentar allá su potencia.

Con este pensamiento salían á la contina de Cartago capitanes y grandes armadas sobre la isla de Sicilia, que caía poco más al través de su ciudad; lo mismo hacían sobre Cerdeña y sobre Córcega, y juntamente sobre las otras cercanas y pertenecientes á España, de las cuales la primera donde tocaron fué la isla de Ibiza, que llamaban Ebuso. Donde después de haberla bojado ó navegado por todo su contorno, halláronla rodeada de baxíos y pizarras dañosas á los mareantes, sino fué contra la vuelta de Mediodía, que dieron en un puerto mucho bueno, grande, hondo y abrigado; cerca del cual en un risco bien alto y bien fuerte de su ribera, fundaron una ciudad que llamaron del apellido de la misma isla Ebuso, puesto que después andando los tiempos le vinieron á decir Ibiza, y ahora muy más corrupto el vocablo, la llaman Ibiza, que fué la primera villa de toda ella, cuya fundación comenzó casi en el año de 663, primero que nuestro Señor Jesucristo naciese, cuando se contaron juntamente 160 años después que Elisa Dido entró en la ciudad de Cartago, y 1500 cabales después de la población de España. Después de aquella ciudad Ebuso, pudieron los cartagineses conocer presto la manera toda dentro de la isla; halláronla bastecida de montañas y arboledas, en especial de pinares crecidos, á cuya causa los cosmógrafos griegos que después escribieron de ella, la nombran en sus libros Pitiusa, que quiere decir pinosa, porque Pitiusa en aquella lengua significa pino. Parecióles tam-

bien apacible y poco costosa para la conservación sin cargo de mucha gente, por ser atropada y bien compuesta, y tan pequeña que no pasaba de cinco leguas en todo su derredor, y las pizarras de los baxíos que primero tuvieron á mal en el contorno, después fueron tenidas á mucho bien y de gran provecho, por causa que siendo los cartagineses señores del puerto principal, no hallarían los corsarios ó los enemigos cuando por allí viniesen, acogidas ni cubiertas donde se les pudiesen esconder. Sobre todo les agradó mucho la comarca, por estar del un cabo cercana de las riberas africanas, donde tenían ellos su naturaleza; del otro cabo caía no muy lejos de la isla de Cádiz, donde ya sabían estar avecinados muchos de aquellos fenices de Sidon y de Tiro, parientes suyos y de su linaje, por razón de haber sido Elisa Dido y los otros que vinieron con ella, de quien ellos descendían, naturales de Tiro; y estas dos islas caían tan cercanas, que desde la una hasta la otra no ponían más jornada que tres días de moderada navegacion, y desde lo más cerca de España á Ibiza camino solamente de un día, conforme también á lo que vemos en este nuestro tiempo, donde los navegantes no tasan desde Ibiza hasta el cabo de Denia, en la tierra firme de España, más de veinticinco leguas, ó según la cuenta de Plinio, tanto trecho poco más ó menos, cuanto hallan desde Cartagena hasta Denia, que son veintinueve leguas justas.

Conocieron eso mismo los cartagineses ser las marinas de Ibiza muy aparejadas para la granjería de la sal, de que tiene gran abundancia; la cual ellos comenzaron á labrar, sacando crecidos y continuos intereses, como también ahora se hace, llevándolas por diversas partes del mundo. No hallaron en ella serpiente ni lagarto, ni culebra, ni víbora, ni hasta los días presentes alguno los vió por allí jamás, tanto que si de cualquiera otra parte le traen animal ponzoñoso, poniéndolo dentro se muere luego sin tardar; y si llevan tierra desta isla para los lugares donde se crían semejantes coxios, cuantos en ella tocan perecen brevemente; por manera, que la hizo Dios ponzoña contra la ponzoña. Mas como la naturaleza sea de continuo maravillosa, con diversidades crecidas en sus obras, no pasaron muchos días que cerca destas comarcas descubrieron los cartagineses otra más pequeña, tan llena de culebras y bestias ponzoñosas, que por bajo de la tierra parecían hervir ó manar; á cuya razón ni se pudo morar, ni jamás hombre nacido tuvo deseo de quedar en ella. Esta llamaron los cosmógrafos griegos Ofiusa, que quiere decir serpentina. Los latinos después adelante cuan-



CAPÍTULO XVIII.

Cómo la población llamada Zancle, fundada por los españoles en Sicilia los tiempos muy antiguos, perdió su primer apellido, y fué nombrada Mesana, la cual ahora decimos Mecina; cuéntase más el estado que tuvieron aquellos días los españoles forasteros cuando moraban en aquella tierra siciliana.

En aquellos días mismos cuando los cartagineses africanos procuraban estos negocios en Ibiza, que fué cuando también los griegos contaban el tiempo de la veintinueve Olimpiada, permanecían muchos españoles antiguos en Sicilia, de la casta que dijimos en los veintidos capítulos del primer libro llamarse sícanos, gente muy arraigada por aquella región, de los cuales (pues eran españoles naturales) conviene relatar en esta crónica de España los acontecimientos que de ellos cuentan otras historias, así prósperos como siniestros. Dicese, pues, que como los días pasados algunos griegos recién venidos en Sicilia hubiesen tratado mal á los españoles vecinos de Siracusa, despojándolos de ella, y aún de muchos lugares y tierras que poseían en aquella comarca, según declaramos en los doce capítulos pasados; no pudieron hacer otro tal daño, dado que lo procuraron diligentemente contra los españoles moradores en Zancle, la que decimos ahora Mecina, por estar éstos recatados, y puestos en gran aviso con la persecucion de los otros, y hallarse bien reparados de muros y de toda defensa, con que sustentaban su libertad, y competían con cualesquier otras personas que presumían aventajarseles; particularmente traían en este tiempo sobredicho pundonor grande con un tirano su frontero, que pocos días antes había sojuzgado por fuerza la población de Rijoles en Italia, tan junta de Zancle, que se puede bien ver, y solamente se dividen con un brazo de mar estrechísimo. Este tirano de Rijoles llamado Anaxilas por nombre propio, cuyos progenitores, dado que fuesen parte de ellos nacidos en aquella tierra de Rijoles, eran descendientes de cierto caballero griego, nombrado Alcídame, natural de Mesana, ciudad antigua de la Morea. Los vecinos de esta Mesana y su comarca trajeron veinte años continuos guerra cruel con otra gente muy poderosa, también de Grecia, que se decían los lacedemonios, y fueron de ellos vencidos tantas veces, y tan maltratados en todas estas victorias, que no pudiendo resistir á tan recios adversarios, tomaron navíos, y desampararon aquella tierra con sus mujeres y hijos, y con todas las alhajas que pudieron llevar,



determinándose todos de buscar nueva region en que viviesen. Tomaron por capitanes en aquella huida dos caballeros sus naturales, nombrados el uno Gorgas y el otro Mantico, con los cuales aquel Anaxilas tirano de Rijoles, en sabiendo su salida de la Morea, comenzó de tratar alianzas y ligas contra los españoles de Zancle sus enemigos fronteros; en la cual ciudad no solamente no podia hallar entrada para tiranizarla, pero sus vecinos españoles intentaban de libertar á los de Rijoles, y sacarlos de la servidumbre que padecian. Venidos, pues, en concordia los griegos huidos con Anaxilas tirano, abrióse luego la guerra manifesta contra los españoles de Zancle, cruel y sangrienta, sin tener acuerdo ni respeto, que tambien dentro de Zancle residia generacion de griegos, á quien los progenitores de estos españoles habian recibido consigo muchos años ántes, cuando vinieron allí Cratamenes y Perioro, como lo señalamos en el vigésimosegundo capítulo del primer libro. Llegadas á las manos aquellas gentes, fueron vencidos los españoles en un recuento sobre la mar con ventaja muy crecida de navios y pertrechos que sus adversarios les tuvieron, y viéndose destrozados en aquel principio, tornaron á su ciudad, y defendíanla cuanto mejor podian haciendo saltos y buenos acometimientos contra la gente de fuera, pero continuamente hallaban á sus enemigos tan apercebidos y mejorados con emboscadas y con otras astucias de guerra que siempre llevaron lo mejor, y los ciudadanos españoles cuanto más perseveraban en la pendencia tanto más iban de vencida.

De manera, que fatigados y perdidosos, procuraron de consultar las adivinanzas y los oráculos de sus ídolos ó demonios, como toda la gentilidad en aquel tiempo lo tenia de costumbre, para ver si podrian alcanzar qué fin tendrían estas competencias y guerra cruel que se les hacia, señaladamente requirieron una supersticion á quien toda la gente siciliana solia poner gran certinidad y gran fe, la cual era desta suerte. Un monte famoso de Sicilia, nombrado por este nuestro tiempo Mongebello, que significa monte hermoso, por lo ser en las frescuras y provechos que tiene sobre sus vertientes y collados, á quien los antiguos por otro nombre llamaban Etna, solia lanzar de sí muchas veces por una boca, sobre lo más alto de su cumbre, fuegos y centellas con piedras cocidas que se derramaban á diversas partes: aquellos encendimientos hacian gran daño cuando salían demasiados en los pueblos y tierras comarcanas, y puesto que no fuesen continuos, á lo ménos nunca cesaban

de salir por aquella boca vapores y humos espesos, mezclados con piedras pomez y carbones, y con otras horruras de semejante calidad. En esta boca, cuando los agoreros querian saber alguna cosa que les cumpliese, lanzaban dineros y joyas de cualquiera metal cuanto más precioso lo hallaban, y áun algunas veces echaban ovejas y vacas y cabras enteras á manera de sacrificio. Si lo tal quedaba dentro, teníanlo por buena señal, y creían que sucederia bien aquel negocio de quien consultaban; pero si los vapores ó fuegos ó humo lo despedían contra la parte de fuera, no les quedaba buena esperanza sobre la cosa que procuraban, como se hizo tambien esta vez á los españoles de Zancle que despacharon secretamente sus mensajeros al monte sobredicho con el mejor aparejo que tenían, y todo cuanto metieron en aquella boca se les tornó contra fuera, dado que muchas veces porfiaron en ver si lo queria recibir. Así que desconfiados con esta mala señal, acordaron de negociar alguna buena conveniencia con sus enemigos, y para lo hacer, tomaron plática de ciertos italianos ladrones y salteadores, llamados los opicos, que se juntaron en esta guerra, como hacen continuamente los tales cuando semejantes revueltas acontecen, y por vía dellos asentaron capitulaciones y firmezas provechosas á toda parte, juradas con muy gran solemnidad y ceremonia, dado que muy pocos lo guardaron despues. Historias hallo yo, que dicen los vecinos de la ciudad, haberse confiado de los tales opicos italianos para tenerlos en su favor contra los de fuera, y que despues aquellos mismos los vendieron sin curar de más conveniencias. Como quiera que sea, los griegos mesenios fueron recibidos en Zancle para morar en ella con los otros vecinos antiguos, por cuya causa la ciudad perdió su primer apellido de Zancle, y se comenzó de nombrar Mesana hasta nuestros dias, en que trocadas pocas letras le decimos Mecina, situada sobre la punta septentrional de tres que hacen toda la isla donde se llega junto con Italia. Mas es de notar, que ninguno de cuantos griegos vinieron á Sicilia por diversos tiempos, conservó tan pocos años lo que tuvieron ganado como fueron estos mesenios, porque despues llegaron otras dos gentes de Grecia, llamados los unos milesios y los otros samios, que los despojaron cuanto poseian en aquella ciudad, puesto que retuvo siempre la nombradía de Mesana.

Desde allí con estas entradas que los griegos abrían en Sicilia continuamente, comenzaron á venir otras muchas gentes en ella, don-



de la sucesion y la casta de los españoles siculos y sicanos, cuantos por allí solian morar, afligidos de tantas y tan continas pependencias, imitando lo que hicieron estos de Zancle, venidos en treguas con los extranjeros, así griegos como bárbaros, particularmente los moradores de la marina, se mezclaron con ellos y tomaron sus trajes y sus leyes, habla, letras y manera de vivir, haciendo casi todos una gente, sin que de lo pasado de España quedase ventaja ni preeminencia sobre los otros advenedizos más del apellido de la tierra, que por causa de los españoles sicanos y siculos, sus moradores antiguos, fué siempre dicha Sicilia y se dice hasta nuestro siglo. Conserváronse tambien algunos lugares pequeños de los muy alejados y metidos en la isla, que retuvieron algo del estilo viejo y costumbres españolas de sus antepasados y progenitores, entre las cuales la pequeña villa de Murgancio fué muy señalada por haber sostenido su reputacion y dignidad mucho más tiempo que ninguna de cuantas los españoles allí fundaron. Tal fué la conclusion de todas estas revueltas, y pues en el hecho de Sicilia no tenemos al presente negocio más particular que nos toque, será bien tornar á decir lo que sucedió por las islas de Mallorca y de Menorca, despues que la gran Cartago hizo la primera poblacion en Ibiza que ya dejamos declarada.

CAPÍTULO XIX.

Cómo los cartagineses africanos desde Ibiza pasaron á las islas que dicen agora Mallorca y Menorca, las cuales navegadas por el derredor, concieron todo lo que tenían, así de la condicion y manera de sus moradores, como los nombres que las llamaban en aquellos dias diversos de los que tienen agora.

Asentadas las cosas en la ciudad de Ibiza, y ordenada su república cuanto mejor fué posible, conforme á las costumbres y leyes cartaginesas, dejaron los cartagineses en ella y en las otras isletas comarcanas, gente bastante para su vecindad. Todos los otros navios y flotas pasaron brevemente sobre la isla de Mallorca que cae no tan dentro de la mar, y mucho más cerca de España, dividida de Ibiza contra la parte septentrional de Levante, poco ménos de sesenta millas antiguas, que hacen quince leguas de las nuestras, ó segun otros miden, apartada de España como ya dije tanto trecho de mar, cuanta viene de tierra entre Denia y Cartagena, ó entre Ibiza y las riberas más cercanas á ella de España. Luego despues dieron en la de Menorca, que tambien junta

con la otra, desviada solamente della treinta millas de mar ó siete leguas españolas poco más. Y como los cartagineses hubieron de todo punto bojado las dos islas por su contorno, midieron en la mayor casi treinta y seis leguas de vuelta, que por la misma cuenta hacen poco más de ciento y cuarenta millas antiguas, de las cuales en la menor hallaron solas ~~veinte~~ millas. Pero dado que los tamaños discrepan estas dos tierras, en todo lo demas parecieron muy semejantes, así por estar rodeadas de buenos puertos y muchos, como por sus frutos y fertilidad, y por todas las otras calidades de la tierra, donde vieron abundancia de fuentes y pastos y ganados, y muchos animales monteses, con que recompensaban la falta de cualquier otra granjeria que tuviesen á la sazón, la cual, si faltaba, concieron claro no ser por defecto de la tierra ni de su buena disposicion, sino por faltar aquellos dias industria de la gente que la moraba.

Donde parece que de tantos años acá, ni los tiempos ni la mar han destruido ni gastado cosa del sitio, ni ser general en estas dos islas, pues cuanto á su medida las hallamos ahora del mismo tamaño, y cuanto á las calidades de la tierra tambien es lo mismo que los cartagineses allí vieron. Sólo discrepa en lo de nuestros dias en la buena manera de vivir que los moradores de ella tienen, y en sus ciudades y villas que son muchas y buenas, y muy pobladas de gente virtuosa: y en aquel tiempo, como ya dijimos en otra parte, no se puede pensar cuán salvajes eran, y cuán brutos, y cuán fuera de razon, sin tener pueblos entre sí, ni compañía razonable los unos con los otros, ni cosa que (sacando la figura y parecer) fuese de personas humanas. A todo cabo vivían derramados en chozas y cuevas donde se metían, si no fuesen algunos más ataviados y polidos que tenían cabañas hechas de ramos y céspedes, cubiertas con juncos ó con hierbas, ó con otros abrigos que hallaban á la mano. Todos andaban desnudos sin traer cobertura sobre sí, ni saber qué cosa fuese; la cual costumbre les duró despues muchos años, á cuya causa los cosmógrafos griegos que de estas islas hablaron, las llaman en sus libros ginesias, porque Ginon, en su lengua significa cosa desnuda. De estos mallorquines prendieron algunos los cartagineses en llegando, para reconocer el estado de la tierra, con sus maneras y condiciones; y de los tales presos supieron entre otras cosas, que cada cual de las islas tenía su nombre particular, y que la mayor se llamaba Clumba, y la menor Nura. Reconocieron tambien ser los naturales de ellas gente paci-



fica de su natural, puesto que diversas veces, cuando de los unos á los otros sucedian enojos ó discordias, se hacian mucho daño, peleando con piedras furiosamente, las cuales ellos tiraban á hondazos, y las arrojaban tan ciertas adonde querian, que no daban en cosa que no despedazasen, por dura que fuese. Hacianlo con tales destrezas y con tanta costumbre, que desde pequeños, en teniendo mediana fuerza, no traian otros ejercicios; y sus madres al tiempo que los criaban, levantaban en un madero la vianda que tenían para comer, y hasta que con la honda la derrocaban, no se la daban. Donde vino que los mismos cosmógrafos griegos arriba dichos, solian por otro nombre llamarlos baleares á ellos y á sus islas, porque Ballin, en aquella lengua, quiere decir arrojar, ó segun otros escriben, por causa del capitán Ballo que murió dentro de ellas, cuando Hércules vino á España, como en el primer libro queda dicho. Muchos autores y muy buenos afirman que los tales cartagineses africanos fueron los primeros pobladores de estas islas Mallorca y Menorca, cuando vinieron aquella vez en ellas; otros porfian que fueron los fenices de Sidon y de Tiro ántes que morasen en Cádiz, al tiempo que dijimos haber señoreado la mar. Y muévense para lo certificar, que hallan en los libros antiguos ser estos fenices los primeros que tejieron hondas para tirar piedras con ellas, y sospechan que si los mallorquines españoles tuvieron en ello tal habilidad cual habemos dicho, sería por haberlo tomado de los fenices. Mas á la verdad, mucho primero que los unos y los otros acá viniesen, habia poblacion en ambas islas.

Y ciertamente si los fenices de Sidon y de Tiro ó tambien los fenices africanos de Cartago tuvieron algun tiempo de tirar con las hondas, lo tomaron destos mallorquines, despues que con ellos contrataban, y discreparon en todas sus condiciones restantes, no conformándose jamas en cosa donde pareciesen una casta, ni cuanto al estilo de vivir de Fenicia, ni cuanto á las costumbres que los mallorquines usaban. Pero desta primera poblacion suya, lo mejor y lo más cierto, ya lo declaramos en el treceno capítulo del primer libro. Las costumbres antiguas de toda su gente presto se dirán adelante por el noveno capítulo del tercero, y en algunas otras partes de nuestra relacion, y muy más en particular, cuando trataremos los tiempos y las guerras que cierto capitán romano llamado Metelo Baleárico, pasó con ellos; y lo que deste lugar faltare, quedará para se decir en la postrera parte de toda la crónica, cuando, con el ayuda de nuestro Se-

ñor Dios, llegáremos á decir las hazañas famosas del serenísimo rey don Jaime de Aragon, donde se contará más de propósito la faccion destas islas, y toda su postura, con las villas y ciudades que tienen hoy dia; declarando juntamente las distancias de las unas poblaciones á las otras, sin dejar cosa por escribir de cuantas les pertenezcan.

CAPITULO XX.

Como despues de recorridas las islas de Mallorca y de Menorca por dentro de la tierra, quisieran los cartagineses saltar en lo firme de España contra la parte de Monvedre. Cuéntase tambien los impedimentos que por el presente tuvieron en ello.

Luégo que los navios y capitanes cartagineses hubieron rodeado las islas de Mallorca y Menorca por defuera, desearon saber cumplidamente los pasos y la calida de la tierra por más adentro, pues en lo de las riberas estaban satisfechos; para lo cual hallaron algunos mancebos ligeros y desenvueltos, que movidos por intereses y precios que les prometieron, se determinaron á penetrar, y pasarlas ambas del un cabo al otro con guías, que para tal fin procuraron, amansando tambien algunos naturales que por la ribera les vinieron á las manos. En el cual viaje dicen que se halló por lo largo de la mayor isla cuarenta y cinco ó cincuenta millas antiguas, que hacen casi doce leguas nuestras españolas, en el ancho siete leguas destas, ó veintiocho millas de las sobredichas. En la menor hallaron solas millas á lo largo, con algo ménos de otras tantas á lo ancho, que parece casi la medida misma que tambien ahora vemos en ellas. Pero los cartagineses que por estos dias anduvieron allí, quedaron tan escarmentados de sus atrevimientos, y se vieron tantas veces en afrontas y peligros, y trajeron tan ásperas nuevas de la ferocidad que hallaban en aquella gente, que muchos años despues nadie quiso tornar á probarlo ni meterse por la tierra, ni procurar de saber otra cosa della más de lo que por la ribera descubrian, en la cual hicieron algunas palizadas y torrejones á manera de atalayas sobre los puertos y estancias que mejor les parecieron, principalmente contra la vuelta de Septentrion, que cae frontero de las riberas españolas, en el derecho de la costa que viene desde Tarragona hasta Valencia, donde por esta sazón entre los pueblos que moraban allí, fué lo más principal la ciudad de Sagunto, que dicen agora Monvedre, poco desviada de



la mar, y muy bastecida de mantenimientos y riquezas, y sobre todo muy llena de vecinos españoles, puestos en humanidad y razon, que se regian por leyes y costumbres loables, conformes á las de los griegos que fueron sus primeros pobladores cuando se mezclaron con los naturales desta provincia, como ya lo dijimos en el primer libro.

Con éstos quisieran mucho los cartagineses trabar alguna comunicacion para reconocer la manera de los españoles que por allí moraban, y si pudiesen trabajar en hacer con ellos algun asiento; porque ya todas las naciones tratables tenían informacion de la fertilidad y de las muchas riquezas y mineros que poseian los españoles, y sabian el poco daño que los naturales hacian á quien se quisiese meter en ella, no lo llevando con rigor ó con asperezas ni demasías. Y verdaderamente, si los cartagineses á la sazón procuráran esto por cualquiera otra region española, mucho pudieran hacer aquella vez. Mas como sobre la parte donde lo tentaron viviesen aquellos saguntinos de Monvedre, y los tales fuesen hombres discretos reputados por principales en toda su comarca, no hallaron ellos buena voluntad ni buen acogimiento para cosa de lo que quisieran, puesto que mucho tiempo gastaron en porfiarlo, procurando su comunicacion con dádivas continuas y con promesas y con ofrecimientos y con todas las otras dulzuras posibles, así de parte de sus flotas, como de la misma ciudad de Cartago, que diversas veces les acometió confederaciones y ligas. A lo cual respondian los de Monvedre cortesmente con grandes disimulaciones, no consintiendo ni tampoco dejando la tal amistad, pero rehuendo secretamente cuanto podian que las armadas cartaginesas tocasen por aquella comarca donde moraban ellos, como gentes fundadas en conservar su libertad, y que claro conocian si Cartago por allí se metiese que presto lo ganaria todo, segun que sus parientes los fenices de Sidon y de Tiro hicieron en Cádiz y lo hacian aquellos dias entre los andaluces. Y siendo lo tal así, no quedarían los de Monvedre seguros ni tendrían la reputacion del buen estado que poseian al presente; porque siempre cuanto á este caso, la vecindad de los muy poderosos es perjudicial á los que no lo son tanto. Viendo los cartagineses el mal aparejo que por allí tenían, sobreseyeron algunos años en el negocio, puesto que no sin mucho sentimiento de los que secretamente lo contradecian. En conclusion, fué necesario dejar de todo punto la tal demanda, porque pasados todos estos tiempos, los africanos de las comarcas vesinas á la gran Cartago se re-

belaron contra ella con gran número de gente para la destruir, y convino que sus flotas y sus armadas viniesen á lo remediar, desamparando cualesquier negocios que por otras partes tuviesen, aunque fuesen muy importantes. Junto con esto creció dentro de la misma ciudad cartaginesa gran division en parcialidades y bandos, que les gastaban muchas gentes. Sobre todos estos males acudió tal cruel pestilencia y duró tan largos dias, que ni hallaban quien remediase las cosas de la ciudad, ni las flotas de la mar, ni las islas de España nuevamente ganadas, ni mirase por la conservacion de cuanto dejaban adquirido. Muchas veces, fatigados estos cartagineses de tales adversidades cuantas en aquella su ciudad sobrevinian, la quisieran desamparar ó dejar solitaria, determinados á buscar otras tierras donde nuevamente viviesen, creyendo que la mala consuelacion ó la mala fortuna del suelo fuese causa de todo, y que los dioses á quien ellos adoraban no tenían á bien la morada que por allí se hizo, pues tan abiertamente la perseguian con tantas fatigas y tan juntas. Pero como los demonios reinasen absolutos en aquel tiempo de la gentilidad, y su mayor inclinacion sea tener apercebimiento para hacer contra los hombres el daño que puedan cada cuando que hallasen ocasion, vista la desconfianza que los cartagineses mostraban, pusieron imaginacion á los ministros y sacerdotes de sus ídolos que sacrificasen algunos niños ó mancebos, los más hermosos que hallasen, afirmádoles que con la sangre de los tales aplacarían el enojo de los dioses y cesarian las pestilencias y todas las otras adversidades; lo cual se puso luégo por obra, y quedó muchos siglos entre los cartagineses aquella costumbre cruel de sacar y deramar sangre de los cuerpos humanos y aún matarlos tambien para satisfacer á sus demonios.

La cual usanza pestilencial imitó despues la gente siciliana, pareciéndoles ser la mayor devocion que podian hacer; y muchos años adelante hubo tambien algunos españoles que hicieron acá lo mesmo, tomándolo de los cartagineses, cuando pasaron despues en España, como los capítulos y libros venideros contarán y señalarán muchas veces. Hacemos aquí memoria de ello y del principio que tuvo, pues en el siglo pasado cupo gran parte desta supersticion á nuestros antecesores españoles, y tambien porque los lectores entiendan cuán legítimas ocupaciones tuvo la república de Cartago para desistir en aquel tiempo de sus entradas y conquistas españolas, y del acometimiento que hacian por aquellas islas de su